

El ser abandonado¹

Jean-Luc Nancy

Traducción: Ernesto Hernández B.
(Cali, Colombia)

Todo Occidente está en el abandono
Bossuet, Histoire, III, 7

El ser abandonado ha comenzado ya a formar, sin que lo sepamos, sin que podamos verdaderamente saberlo, una condición ineludible para nuestro pensamiento, y quizá, incluso, su condición única. La ontología que nos requiere en lo sucesivo es una ontología en la cual el abandono sigue siendo el único predicamento del ser, o incluso —y en el sentido escolástico del término— lo trascendental. Si el ser no ha dejado de decirse de múltiples maneras —*pollakôs legatai*—, el abandono no agrega nada a la copiosidad de este *pollakôs*. Lo resume, lo reúne, pero agotándolo, llevándolo a la extrema pobreza del abandono. El ser se dice abandonado de todas las categorías, y de los trascendentales.

Unum, verum, bonum —es de lo que hay abandono. Lo cual nos vuelve a decir, a decirnos, que el ser ha dejado de decirse de múltiples maneras, sin que esta cesación tenga, sin embargo, un fin o se interrumpa en un destino. Lo prosigue.

Pues el decir del ser, o el decir el ser no sobreviene al ser mismo. El ser no es, no ha sido nunca —si es que ha sido— más que el *pollakôs legomenon*, lo-dicho-de-múltiples-maneras (lo dicho, o bien, según el griego de Heidegger, el griego de la filosofía o del pensamiento, lo *recogido*, y lo *sobrentendido*, lo *disponible*). Si no *es* en lo sucesivo, si ha comenzado a no ser más que su propio abandono, es que el decir de múltiples maneras es abandonado, está en el abandono, y es abandono (es decir, también disponibilidad). Es por fortuna que el abandono puede hacer pensar en la abundancia. Hay siempre en el abandono un *pollakôs*, una abundancia: abre a una profusión de posibles, como uno se abandona con exceso, pues no es otra modalidad del abandono.

Que el ser abandonado, para nosotros —y por nosotros, quizá—, corresponda al agotamiento de los trascendentales significa entonces una cesación o una suspensión de los discursos, de las categorizaciones, de las interpelaciones y de las invocaciones cuya copiosidad constituía el ser del ser. Inmoviliza esta *dialéctica* cuyo nombre significa: lo que

¹ « L'être abandonné ». Capítulo final de *L'impératif catégorique*. Paris: Flammarion, 1983, pp. 139-153. Una primera versión de este texto se publicó en la revista *Argiles*, Nro. 23-24, 1981, dirigida por Claude Esteban. Una segunda versión, traducida al alemán con Martin Bauer, *Das aufgegebenes Sein*, fue publicada en Alphäus, Berlin, 1982.

no abandona nada ni nunca, lo que religa, que reanuda y que retoma sin fin. Impide o deja de lado la *posición* misma, inicial, del ser, esta posición vacía cuya verdad de nada, inmediatamente retornada en el ser y contra él, mediatiza el devenir, el inagotable advenimiento del ser, su resurrección y la parusía de su unidad, de su verdad, de su bondad absolutas, sublevando y vertiendo en él la escoria de su propia infinitud.

Pero eso significa, pues, también, que el ser abandonado se encuentra finalmente remitido, dejado al *pollakôs* que él era, y del cual no es posible decir “el *pollakôs* mismo”, pues no tiene otra identidad que su falta de identidad, su carencia de ser, en la que el ser residía, *siendo el pollakôs legomenon*.

Al final de la dialéctica, en este fin que la dialéctica no abandona nunca y que lleva en consecuencia desde su principio —y en el “Él es” de Parménides—, el ser no se dice ya de múltiples maneras. Se dice de la única, verdadera y buena manera de lo absoluto que lo reúne o que él junta. El ser se dice absolutamente de lo absoluto, y se dice absolutamente lo absoluto: “Él es”. Ese “él” no es un neutro, aunque no sea ni masculino ni femenino. Es la autocategorización del ser, trascendiendo a los trascendentales, anulando, relevando o confundiendo el *pollakôs* en la conquista de la autoposición y de la autodeterminación del ser.

Para un tiempo de la historia, esto se dice: “Yo soy”. Pero el “él” del ser, el “él” que *es* el ser cuando es (y no se dice de ninguna manera), ese “él” es el verdadero “yo”. Sin duda, el “yo” se da él la estructura y la sustancia. Pero el “yo” se dice aún, no hace más que eso y no se hace más que de eso. “Yo” exige una boca que se abre, y yo me soy de entrada arrastrado, precipitado fuera de mí, yo me soy abandonado. La voz, ya, es un abandono. “Él” no exige nada que el ser no tenga ya, de todos modos, dispuesto en su ser silencioso. El *esti gar einai* de Parménides significa que el infinitivo del ser —o su sustantivo, la infinidad de su sustancia— no se conjuga más que en él mismo, en la tercera persona del “él es”. Tres lecturas, tres reclamaciones, o tres dicciones se conjugan aquí:

Él es en efecto ser.

Él es en efecto *ser*.

Él es *en efecto* ser.

Pero nadie toma ahí la palabra, nadie declara nada, nadie se dirige ahí a cualquiera. No hay nadie, ningún diálogo —y ese no es un monólogo. “Él es” tiene la formidable adherencia en sí mismo, inmóvil y mudo, de una esfinge de piedra en el desierto, en nuestro desierto. La esfinge se llama Dios, Naturaleza, Historia, Sujeto, Ilusión, Existencia, Fenómeno, *Poiésis*, *Praxis*. —Pero siempre es una única masa de piedras, las versiones fugitivas del único “él es” que nadie pronuncia. Pues nadie puede pronunciarlo: Platón lo sabía.

El ser abandonado está abandonado al *pollakôs*. A la vez, *pollakôs legatai* está acabado, reabsorbido, comprendido en el *logos* que es, y el mismo *pollakôs legatai*, como tal abandonado, recoge el ser. Pues el ser es lo que la dialéctica abandonó, condenó a la nada

desde su primer paso. O más bien, la dialéctica abandonó el ser pasando a la nada. El abandono no es la nada. El ser es lo que queda antes de la nada y antes de la potencia de lo negativo. El ser es lo que queda al inicio de la dialéctica, lo que toda la fuerza de la dialéctica no llega a arrastrar, a poner en movimiento, a alinear en su identidad motriz. El ser queda abandonado. El *pollakôs* entonces queda también él en el abandono. Su múltiple manera no se ordena más en la unidad, sea ella infinita, sea ella asintótica de un *logos*. *Pollakôs legatai* permanece hasta aquí bajo la vigilancia de un *monôs legatai*: que el ser se dice de múltiples maneras, esto se determina y se aprecia a partir de lo que ofrece un *logos* único y unívoco. El ser plurívoco se deja reglar, o se hace reglar por esta univocidad. No está abandonado a la simple plurivocidad. Aquella a su vez está abandonada. Queda una dispersión sin recurso, una diseminación de migajas ontológicas. Eso mismo, en consecuencia, no queda —no al menos como el resto de una sustracción o como los restos de una fragmentación, que dejan algo por guardar. No queda como una estocástica ontológica, en la que se preservaría una propia posibilidad de cálculo. Ser abandonado es quedar sin guarda y sin cálculo. El ser no conoce más de salvaguarda, pasa igual en una disolución o en una dilaceración, pasa lo mismo en un eclipse o en un olvido.

El olvido del ser debe comprenderse de dos maneras: o bien se trata del olvido del *ser*, y el pensamiento *guarda* invenciblemente la forma y la naturaleza de una inmensa reminiscencia. El ser del ser sale ahí, espléndido, del olvido, y dicta, silencioso, de nuevo su “él es”. El olvido del ser es, entonces, olvidadizo del abandono del ser.

O bien el olvido comprende, en su olvido mismo y conmina todo *en tanto que olvido*, que lo olvidado no es el ser sino su abandono y que el abandono no hace el ser del ser, sino su condición —no en el sentido de una “condición de posibilidad”, sino en el sentido de una “condición miserable” y cuya miseria fomenta el olvido. El olvido se comprende, entonces, él mismo inscrito, prescrito, prometido en el abandono. El abandono en efecto condena al olvido, y este olvido no salvaguarda la reserva de una memoria recobable y curable. (La tensión de esta doble comprensión, que no es de ninguna manera un conflicto de interpretaciones alrededor de un “pensamiento” que sería “el pensamiento del olvido del ser”, hace *todo* nuestro pensamiento, determina toda la ontología que nos requiere, y que requieren también, quieranlo o no, aquellos a quienes la “ontología”, es decir la “filosofía”, hace sonreír).

De lo que el ser fue abandonado, de lo que *es* abandonado, no tiene recuerdo. No hay historia de ese abandono, ni saber, ni relato del cómo, dónde, cuándo, y por qué fue abandonado. No es imposible de conocer: simplemente eso no *es*. Eso no ha tenido lugar. El ser no *es* su abandono, y él no se abandona más que no siendo ni el autor ni el sujeto del abandono. Pero hay el ser abandonado, y “hay” no quiere decir “él es”. “Hay” no quiere decir “*es gibt*”: no se traducen ni el uno, ni el otro, ni diferentemente. En las lenguas también, como entre las lenguas, el ser mismo del abandono está abandonado.

“*Il y a*” no se traduce en francés, tanto como “*es gibt*” en alemán. ¿Qué es el *y* de “*Il y a*”? Es *ici, là* (aquí, allí), es un lugar, no importa qué lugar, o más exactamente, pues es un caso atributivo, es *à un lieu* (en un lugar), *à tal lieu* (en tal lugar). “*Il y a*” no realiza una constitución ontológica, sino una atribución local. Localiza el ser, es decir que lo abandona a la separación del lugar.

Pero, ¿no sabíamos, y desde hace tiempo, que era así?

¿No hemos nacido en el abandono?, el griego y el trágico —el de Edipo—, el judío y el exilado —el de Moisés—, uno y otro definidos o destinados por el abandono, a tal punto que ni de uno ni del otro sabemos dónde comienza y dónde termina la figura, ni hasta dónde el uno es judío y hasta dónde el otro es griego. Son abandonados *en el nacimiento*: es decir desde el principio, en su principio, y condenados indefinidamente a nacer. Nacer significa precisamente nunca terminar de nacer, no terminar de jamás acceder al ser, a su estatuto, a su estancia o a su prestancia, y a su autonomía. El nacimiento abandona a Edipo y a Moisés hasta su muerte. La tercera figura, a su vez interminable, Cristo, los mediatiza todavía en el momento de su muerte (como si hubiese una dialéctica del abandono, tan inevitable como insostenible. Cristo, la teología crística, es precisamente la dialectización del abandono. Los hombres abandonados de Dios son salvados por el Hijo que el Padre abandonó. El cristianismo *releva* el abandono: Hegel lo había comprendido. Pero esta “comprensión” no comprende nada, olvida el abandono del Hijo. Hablando del sudor de Jesús en el jardín de los Olivos, el joven Hegel de la *Vida de Jesús* tiene esta frase absurda, obtusa: “Aquí, la naturaleza entra, por unos momentos, en sus derechos”...). Cristo lanza un grito —recitado de un salmo:

Eli, Eli, lama sabactani!

Thee mou, Thee mou, ina ti me enkatelipès;

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?

Dereliquisti me: me has librado al desamparo, donde no me queda de ti nada que me permita permanecer. No me has dejado alguna tarea, algún lugar, un sufrimiento o una espera. Me has dejado en el abandono.

El Dios de amor significa que el amor sólo abandona². Lo que no es amor puede rechazar, desamparar, olvidar, devolver, despedir, pero el amor sólo puede abandonar, y es en la posibilidad del abandono que se conoce la del amor. Y que también se conoce esta justicia del amor más allá de la justicia, que las imágenes y las palabras del “amor cristiano” nos han desnaturalizado (desde los Evangelios, sin duda, y hasta en el romanticismo que es el cristianismo de nuestro tiempo).

No hay, sin embargo, una naturaleza del amor, y no podemos pervertirla. El cristianismo no es una perversión tanto como la metafísica no es una laguna de la memoria. El ser abandonado no puede ser ni salvaguardado ni traicionado. Es necesario terminar con nuestras evaluaciones de la historia, con nuestra historia evaluadora, autoevaluadora. Hegel había comprendido que la historia es la necesidad. Pero nosotros no habíamos comprendido, ni él ni nosotros, lo que es la necesidad. Nietzsche lo había comprendido: *amor fati*. Pero nosotros no hemos comprendido, tal vez ni él, lo que es *amor*.

² El azar me hizo leer, después, estas líneas de Simone Weil: “Su amor (de Dios) mantiene en la existencia, en una existencia libre y autónoma, seres distintos a él, distintos al bueno, seres mediocres. Por amor los abandona a la desgracia y al pecado. Pues si no los abandonara, no serían. Su presencia les quitaría el ser como la llama mata una mariposa”. (*Pensées sans ordre concernant l’amour de Dieu*, Gallimard, 1962, p. 35).

Tenemos, al menos, esto, que Nietzsche había escrito, si no comprendido: “*Ecce Homo*”. He aquí al hombre, al que grita: *Ut quid dereliquisti me?* He aquí al hombre abandonado, el abandono del hombre. He aquí al hombre, el ser abandonado. El destino de *amor* está atado a este abandono.

El tiempo del abandono es el tiempo —no del hombre, sino de una voz que pronuncia: “*Ecce Homo*”. ¿Voz de quién, designando qué? Esta pregunta, esas dos preguntas que son la misma, está en el abandono. Quizá deba ser abandonada. El tiempo del abandono no es el tiempo pleno de las preguntas, ese tiempo sublevado, cargado de espera, ordenando el porvenir en la dirección de la pregunta, prometiendo y conminando, proyectando la rectitud de la respuesta. No es ese tiempo afectado de la anticipación, sino el tiempo, el único —aquel que nunca suspende su vuelo.

El tiempo del abandono es el tiempo, la vacilación del instante instantáneamente abandonado; el tiempo se abandona, esa es su definición. Y en el tiempo estamos abandonados al tiempo, tanto como el tiempo nos abandona. Por eso nuestro tiempo —nuestra época— es más que nunca el tiempo del tiempo, el tiempo de la ontología temporal del abandono y del fin de la Historia en el sentido en que la Historia retenía desesperadamente el tiempo, lo resistía y relevaba. La Historia está en el abandono de la historia. Lo que es abandonado, lo que se abandona no *está* más que en el paso, la inclinación, el bascular —“entre lo huidizo y el sobrecogimiento” (Michel Deusch)—, y el síncope; y esto mismo, el paso, la defección, el desfallecimiento, no *es*. No podemos decir *el* paso, *la* corriente, *el* flujo, *la* duración. Todavía menos *el* síncope. La duración del tiempo, que hace el tiempo, no tiene más consistencia que su desvanecimiento incesante. El tiempo no huye, pero una huida hace el tiempo. Su sistema no es un síncope, pero él sincopa³ y se sincopa: suspensión, golpeteo, continuidad disyunta y vuelta a lanzar sobre su misma disyunción, la misma entonces —el mismo tiempo— y nunca la misma —*nunca* el mismo tiempo. Lo cual no quiere decir: *siempre* el abandono, pues no hay permanencia del ser abandonado.

Es tal ausencia de permanencia, es la imposibilidad de fijar el abandono y de instalarse en él lo que lo renueva y lo reaviva. Sus figuras surgiendo por todas partes, arremolinándose hasta sublevar el corazón, Edipo, Moisés, Jesús, pero también Roland, Robinson, Olympio, Fedra, Tristán, Jean-Jacques, la Traviata, Josef K., e Hyperion, y el proletario, y el soberano.

Pero no son las figuras de una esencia. Es el *pollakôs* donde se agota interminablemente un interminable abandono de la esencia del ser. Toda nuestra mitografía tiene por estructura el mito del abandono, mientras que toda nuestra ciencia del mito tiene por principio que el mito nos tiene abandonados. También, y por añadidura, esta ciencia misma, por definición, no sabe de qué habla. De un mundo que no nos abandona, y que guarda en su seno al hombre, un mundo del que no tenemos una idea, ni un recuerdo, ni un presentimiento. Una proposición de Brecht tiene valor de paradigma para toda nuestra historia y para Occidente:

³ Estrategia compositiva destinada a romper la regularidad del ritmo, por medio de la acentuación de una nota en un lugar débil o semifuerte de un compás [*N. del T.*].

“Cuando se dice que el teatro ha salido de las ceremonias del culto, se afirma, sin más, que es saliendo de ellas que se ha vuelto teatro” (*Petit organon*, 4).

Es por un abandono que el ser ha advenido: no podemos decir nada más. No hay vuelta atrás, el ser no vehicula nada más antiguo que su abandono. De un mito o de un rito anteriores al ser no hay nada por saber y nada por retomar. Son palabras para calificar, o más bien para camuflar —bastante mal— el abandonamiento por el cual el ser nos llega, y por el cual llegamos al ser.

Todas nuestras Ideas, al contrario, reposan sobre una creencia en la virtud de la pregunta: “¿Por qué hay algo, y no nada?”. Una antecedencia sobre el ser respondería. Pero nosotros sabemos ahora que esta pregunta se responde ya en sí misma en secreto: “Puesto que hay algo, y no todo, es que esta cosa está en el abandono, es que toda cosa es abandonada”. Y está prohibido preguntar por qué.

También el pensador dice en adelante que el ser-abandonado, que el ser-lanzado-al-mundo en el desamparo constituye una posibilidad positiva del ser-en-el-mundo.

Pero esta positividad no plantea nada y ella misma no es planteada. Intentar pensarla significaría renunciar a pensar, y que ese renunciamiento mismo no *sea* nada, no pretende abdicar la positividad del concepto o la de la poesía (el posicionamiento pensante en general) para librarse, por ejemplo, a una *praxis* atrevida de su inmanencia. Sería necesario renunciar sin renunciar, no determinar el desamparo de ninguna manera, no investirlo de ningún deseo, no darle ningún modelo. Un despojo semejante imanta la voluntad mística de Ignacio de Loyola, y frecuenta la voluntad pensante de Heidegger. Pero no es todavía lo que nos requiere a partir de ahora: pues todo nuestro ejercicio espiritual debe todavía deshacerse de la voluntad, desprenderse del “ejercicio” y del “espíritu”. Sería necesario dejarse al fin abandonar. Es lo que quiere decir, en la extremidad de las palabras, “pensar”.

¿A qué, pues, dejarse abandonar, si no a eso a lo que el abandono abandona? El origen del “abandono” es la puesta à *bandon* (*en bando*). El *bandon*⁴ (*bandum*, *band*, *bannen*) es la orden, la prescripción, el decreto, el permiso, y el poder que posee la libre disposición. *Abandonar* es volver a ponerse, confiar o entregarse a un tal poder soberano, y volver a ponerse, confiar o entregarse a su *ban*, es decir, a su proclamación, a su convocación y a su sentencia.

Se abandona siempre a una ley. El desnudamiento del ser abandonado se mide en los rigores sin límites de la ley a la cual se encuentra expuesto. El abandono no constituye una cita a comparecer bajo tal o cual autoridad de la ley. Es una coacción a aparecer absolutamente bajo la ley, bajo la ley como tal y totalmente. Igualmente —es la misma cosa— ser *banni* (desterrado, exilado) no es volver a pasar bajo una disposición de la ley, sino pasar bajo la ley entera. Entregado a lo absoluto de la ley, el *banni* (desterrado,

⁴ Mandato o aviso oficial comunicado por la autoridad a toda una colectividad mediante un pregonero o carteles en lugares públicos [*N. del T.*].

exilado) es también abandonado en el afuera de toda su jurisdicción. La ley del abandono quiere que la ley se aplique retirándose. La ley del abandono es la otra ley, que hace la ley. El ser abandonado se encuentra desamparado en la medida en que se encuentra vuelto a poner, confiado o lanzado a esta ley que hace la ley, la otra y la misma, a este reverso de toda ley que delimita y sostiene un universo legal: un orden absoluto y solemne, que sólo prescribe el abandono. El ser no es confiado a una causa, a un motor, a un principio; no es dejado en su propia sustancia, ni aún en su propia subsistencia. Él es —en el abandono.

El abandono respeta la ley, no puede hacerlo de otro modo. Esto no significa que se trate de un respeto obligado, y en consecuencia privado del valor propio del respeto. “No puede hacerlo de otro modo” quiere decir: no puede ser de otro modo, no es de otro modo. El abandono es abandono del respeto a la ley, del respeto al reverso integral de la ley. Antes que cualquier otra determinación, y como el principio de cualquier otra determinación (temor y temblor, sumisión, veneración, imitación, conformidad), el respeto es un mirar (*respectus*). No es un mirar óptico, ni mucho menos un mirar especulativo, que miraría con insistencia⁵ a la ley. Es el mirar que no levanta los ojos, y que quizá no los abre todavía. Es entonces, y de entrada, un mirar atrás (*re-spicere*): vuelto hacia antes del abandono, ahí donde no hay nada por ver. No es un mirar a lo invisible, no es un mirar ideal o ideativo. Es la *consideración* del abandono. Respetando la ley, el abandono se respeta él mismo de cierta manera (y la ley lo respeta). Se vuelve —no para verse, sino para recibirse.

Quisiéramos pensar que se trata de un *don* (la palabra alemana es *die Hingebung*: el don a...). Pero *bandonear*⁶ no es *dar un bando*, y este último sintagma, que algunos han querido rebuscar, no es atestiguado. El ser no es dado en el abandono, si es que el don supone la reserva y la provisión de una riqueza, una acumulación primitiva, así como la generosidad de un donador. La ley no da nada, ordena. El ser no es dado —o no le es hecho un don— sino a condición de que un don, más acá de lo que nos representamos y de lo que practicamos bajo ese nombre, es o debería ser siempre abandonado. Creemos oír, quisiéramos oír “donar” en “abandonar”: pero la verdad es lo inverso. (“Donar y retener no vale”, dice la ley; pero es la donación misma, como tal, la que no debe ser retenida).

Se abandona a una ley, es decir, siempre también a una voz. *Bannan, bannen*, en antiguo y medio alto-alemán (ordenar o prohibir, bajo amenaza de sanción), se injertan en una “raíz” (**bhâ*) de la palabra, de la declaración. *Fari* y *phanai* son de la “familia”, y por consiguiente, *phonè*. El ser abandonado es restablecido o dejado a la *phonè*, y al *fatum* que procede aquí a su vez. *Amor fati* se dirige a la ley y a su voz.

La ontología es, de este modo, una fonología. Pero la voz no es aquí ni el medio acústico ni la articulación de un discurso. La voz *hace* la ley, en tanto que ordena; y en tanto que ordena, la ley *es* la voz. Lo que pronuncia esta orden, sin embargo, no se deja, quizá ahora, describir como el comando de una acción por ejecutar, ni como la conminación de una disposición por observar. Este orden pronuncia, quizá de manera extraña: *ecce homo*. No es

⁵ *Dévisager*: mirar con insistencia; pero también *desfigurar, romper la cara o el rostro (visage)*, en este caso, de la ley. [N. del T.].

⁶ *Mettre à bandon*: Poner en un bando, enunciar en un bando [N. del T.].

prescriptivo, sino constatativo, diría el lingüista. Sin embargo, lo constatativo se haría escuchar como una prescripción.

He aquí: *vois ici*, es un imperativo. Si fuera cierto que ordena (¿pero hasta qué punto es cierto?, hasta el límite, frágil, de la elipsis⁷ o de la suspensión de un *tú*; lo que es necesario para esta elipsis, el tono de voz que implica, su fragilidad, todo esto exigirá todavía ser pensado), lo que ordena no se deja describir: pues el *ici* (aquí) no es mostrado. La ley del abandono es que ese *ici* (aquí) no sea designado, ni aquí, ni allá, ni en ninguna otra parte. *Ecce homo* ordena lo que llamábamos hace tiempo la *ecceidad* del hombre: su presencia, por sí misma, en tal o cual “aquí”, independientemente de todos sus atributos y de su misma esencia. La ecceidad es el ser desnudo de todo lo que no es su ser-aquí —o su ser-ahí.

El ser es entonces abandonado en el ser-ahí del hombre como en un orden. Es un imperativo categórico, no sólo en que no sufre ninguna restricción y no se somete a ninguna condición, no sólo en que hace la ley absoluta del ser, sino en que el imperativo categórico, conforme a la categoría de lo categórico tal como lo establece la tabla de los juicios, no puede contener nada más que lo inherente de un predicado en un sujeto (por diferencia con lo hipotético y con lo disyuntivo). El juicio categórico dice que eso es esto. El imperativo categórico dice que el hombre está aquí. Pero él ordena *verlo-aquí* ya que, en este caso, la inherencia del predicado en el sujeto no es más que inherencia de la ecceidad, del ser-ahí, de la presencia. Nada es allí juzgado, afirmado o negado *respecto* del hombre, nada es predicado de su ser, y éste es más bien abandonado. Es la razón por la cual el imperativo suple un imposible juicio categórico: el hombre (cuyo ser, en su abandono, permanece incalificable), *helo aquí*⁸. Pero *aquí*, repitémoslo, no es mostrado. Nada es mostrado más que la mostración misma en su singular generalidad: *idou o anthrôpos*, he aquí al hombre. Desde que esa palabra, por la cual Pilatos abandona a Jesús, no pertenece más a Pilatos —y él no le pertenece más—, deviene una orden, y el “aquí” ya no es asignado. El hombre es simplemente ordenado como ser-ahí, o estar ahí —es decir *aquí*. (*Ici* (aquí): lo más propiamente, ahí donde eso se escribe, delante de ti. Aquí se inscribe aquí, aquí no es más que una inscripción. *Ci-gît* su carta abandonada).

El hombre es el ser del ser abandonado ahí donde está abandonado, y como tal constituye o instituye por la sola recepción de la orden de ver al hombre aquí. La orden de *ver* es todavía una orden eidética o teórica. Pero lo que ordena ver, el *ahí* del hombre no ofrece ninguna Idea, no da nada a ver.

Un lugar se da a ver, se configura. Pero *aquí* o *ahí* (es lo mismo, pero también distinto), aun cuando reparte los lugares, aun cuando recorta el espacio y perfila sus esquemas, permanece él mismo invisible. *Aquí* abre un espaciamento, libera un área sobre la cual el

⁷ La supresión de algún elemento del discurso sin contradecir las reglas gramaticales [*N. del T.*].

⁸ *Vois-le ici*. No se deje de advertir el sentido del *ver*, presente también en la forma conjugada *vois*.

ser es lanzado, abandonado. La ecceidad elabora un *arealidad*⁹. Pero la arealidad del área (del ser) no es su diseño, no es su configuración. Es su trazado a partir del aquí. El aquí no tiene lugar: está en cada instante aquí o ahí, aquí y ahora, pues aquí *es* ahora. *Hic et nunc*. Aquí no está hecho del espacio que él abre o recorta, aquí es el tiempo de esta incisión. *Ecce homo* quiere decir: he ahí el tiempo del hombre, he ahí su abandono.

La ontología en adelante no tiene otro “objeto” que el desamparo del ser —y así, de nuevo, su *pollakôs*: pues lo es de los abandonos crueles y de los abandonos graciosos, lo es de los dulces, despiadados, voluptuosos, frenéticos, felices, desastrosos y de los serenos. La única ley del abandono, como la del amor, es la de ser sin retorno y sin recurso.

⁹ “Arealidad: es una palabra envejecida, que significa la naturaleza o la propiedad de *área*. Por accidente, la palabra se presta también para sugerir una falta de realidad, o bien una realidad tenue, ligera, suspendida: la de la separación que localiza un cuerpo, o en un cuerpo. Poca realidad de “fondo”, en efecto, de la sustancia, de la materia o del sujeto. Pero este poco de realidad constituye todo lo *real areal* donde se articula y se juega lo que ha sido llamado la arqui-tectónica de los cuerpos. En ese sentido, la arealidad es el *ens realissimum*, la potencia máxima del existir, en la total extensión de su horizonte. Simplemente, lo real en tanto que *areal* reúne lo *infinito* del máximo de existencia (“quo magis cogitari non potest”) con el absoluto *finito* del horizonte areal”. Jean-Luc Nancy. *Corpus*. Madrid: Arena Libros, 2003, pp. 35-36.